

Pascal Quignard

**EL NOMBRE EN LA
PUNTA DE LA LENGUA**

Traducción de Silvio Mattoni

INTERZONA

Pascal Quignard

**EL NOMBRE EN LA
PUNTA DE LA LENGUA**

Traducción de Silvio Mattoni

INTERZONA

INTERZONA

Quignard, Pascal

El nombre en la punta de la lengua / Pascal Quignard - 1a ed.

Buenos Aires: interZona editora, 2022.

96 pp.; 18 x 12 cm. (Zona de Traducciones)

ISBN 978-987-790-055-2

1. Literatura. 2. Narrativa. 3. Narrativa Francesa.

I. Mattoni, Silvio, trad. II. Título.

CDD 843

Le nom sur le bout de la langue, fue publicado por primera vez en Francia en 1993

© P.O.L. éditeur, 1993

© de la traducción, Silvio Mattoni, 2022

© interZona editora, 2022

Pasaje Rivarola 115

(1015) Buenos Aires, Argentina

www.interzonaeditora.com

info@interzonaeditora.com

Cuidado de edición: Luciano Páez

Corrección: Anna Souza

Traducción: Silvio Mattoni

Composición de interior: Brenda Wainer

Imagen de tapa: Fragmento de *La cabeza de medusa*, de Caravaggio

Composición de tapa: Fernando Ozón

ISBN 978-987-790-055-2

Libro de edición argentina.

Impreso en Argentina. *Printed in Argentina.*

No se permite la reproducción parcial o total, el almacenamiento, el alquiler, la transmisión o la transformación de este libro, en cualquier forma o por cualquier medio, sea electrónico o mecánico, mediante fotocopias, digitalización u otros métodos, sin el permiso previo y escrito del editor y herederos. Su infracción está penada por las leyes 11.723 y 25.446.

EN BUSCA DEL NOMBRE OLVIDADO

Por Silvio Mattoni

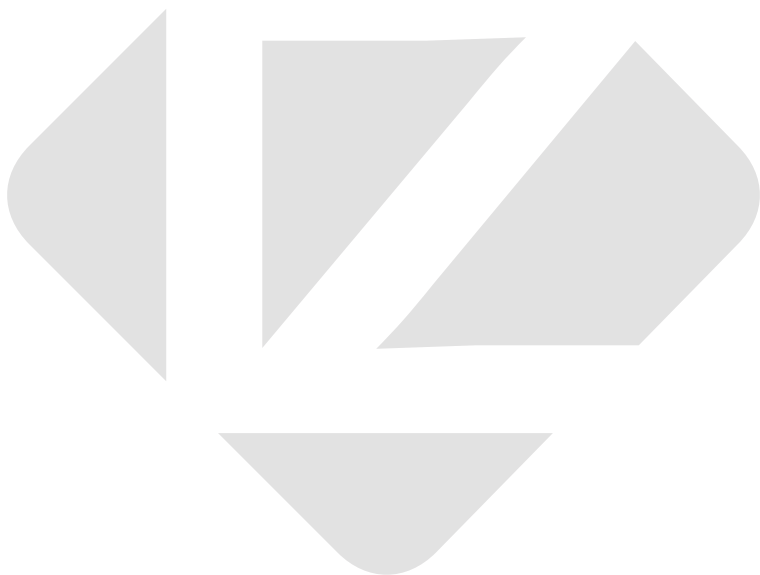
El cuento de Quignard se sitúa en un momento del Medioevo, al norte de la actual Francia, en Normandía, cuando paganos y cristianos se confundían porque el fin de los tiempos o bien ya había ocurrido, o bien estaba por llegar, pero en ambos casos era la misma noche, la misma desaparición del día, todos los días. Sin embargo, el aparente sitio preciso, un lugar en la historia, a finales del siglo IX, permite volver al relato sin tiempo, a una forma mágica y circular de la narración: a una chica le gusta un chico, en la humilde aldea y en el estamento artesanal; ella es bordadora y él sastre, pero viven en el lujo de las labores bien hechas, en el cuidado de sus casas y sus ropas. Después hay una prueba, una dificultad para que el amor se convierta en matrimonio, que la bordadora supera con una ayuda de otro mundo, un mundo distante donde hasta la ropa es de oro y

las telas blancas son absolutamente puras. Con una manzana no menos mítica sella el trato. Se casa con el sastre, no puede cumplir su promesa. El pacto parecía sencillo, como si le hubiesen regalado su prenda de amor sin pedirle nada a cambio: recordar, después de un año, el nombre del desconocido. Pero nada es gratis en el infierno, todo se cobra: el nombre en la punta de la lengua no llega nunca a los labios. El nombre del otro yace bajo capas de espeso olvido en la garganta enmudecida de la recién casada, feliz, y luego de la esposa que ve acercarse, angustiada, su primer aniversario, cuando vendrá él a llevársela por no poder decirle, repetirle su nombre. El sastre, valiente y decidido, saldrá a buscar el nombre perdido, en el fondo de la lengua del mundo, donde cada mundo se pierde y no queda sino el silencio de un amo único, cosas sin nombre, animales sin habla, paisajes que se abisman. Recorre entonces el mundo subterráneo, el submarino y el aéreo, y en cada caso un animal de fábula ayuda al sastre viajero. Sólo en la última ocasión, sin llevarse nada a la boca, puede retener el nombre traído de otro mundo. El cuento de hadas se cierra con el final que anuncian la ingenua confusión de la enamorada y la triple búsqueda de rescate del enamorado. Pero todo cuento, aun el forjado por las reiteraciones anónimas de un tiempo sin autores, tiene también un sentido que no se revela en su historia. La bordadora y el sastre se enfrentan a la noche del mundo, que tal vez sea el único que existe, con una simple vela, y con pa-

labras. Sus frases en la noche serán la luz prendida contra el final, no de todos los tiempos, sino del que será suyo, el tiempo limitado de unas vidas que se aman. Para eso, necesitan recobrar un nombre, gozar de la felicidad reencontrada en la coincidencia. Porque tal sería la plenitud de una vida, o su alegría, como podrá interpretar largamente Quignard en el tratado, en el ensayo brillante que sigue al cuento: que coincida en el momento, en su retorno, el fondo de la lengua, la punta de la lengua, el sentimiento de haber tenido el nombre, y los labios que se abren para decirlo, más fuerte o en susurros.

Por eso, el tratado recupera a la vez una larga memoria mítica y retórica, los griegos, los romanos en sus sentencias y sus cuentos, y unas ráfagas de recuerdos personales, que azotan el origen casi inaccesible de la propia voz, que es la vocación, la necesidad de escribir. Quignard comienza a traer entonces, como materia de su reflexión en la superficie donde resuenan sus frases, dos modos del silencio: la madre que enmudece, que hace callar a sus hijos, porque busca una palabra perdida, no olvidada sino que se tiene en la punta de la lengua; petrificada, abre los labios para pronunciar lo que todavía no surge. Aunque esa punta de la lengua tal vez no sea entonces, como parece sugerir la imagen, la parte más cercana a los labios, la que estaría a punto de salir afuera, sino más bien el otro extremo, un pedazo de lengua que estaría al fondo, en la caverna donde se iniciaría

**EL NOMBRE EN LA
PUNTA DE LA LENGUA**



PRÓLOGO

El jueves 5 de julio, cenaba en casa de Michèle Reverdy con Pierre Boulez, Claire Newman, Olivier Baumont. Michèle mencionó el encargo de un cuento que le había hecho el ensamble instrumental de la Baja Normandía, que dirigía Dominique Debart. Nos costó mucho cortar porciones en un bloque de helado de café.

Yo doblé un cuchillo.

Boulez, con un nuevo cuchillo en la mano, de pie, lo intentó. El bloque de helado cayó al piso. El golpe no lo rompió. Lo pusimos bajo el agua. Conté el esbozo de un cuento en el que el desfallecimiento del lenguaje era el origen de la acción. Ese motivo me parecía que lo destinaba, más que cualquier otra leyenda, a la música. Los músicos, como los niños, como los escritores, son los habitantes de esa carencia. Los niños residen durante al menos siete años en ese

aloja desde hace poco. Había visto el lugar donde Dios no existe. Había visto el lugar de donde vinieron los antiguos normandos que desembarcaron en Caen, que saquearon Avranches. Al día siguiente, el jueves 8, Michèle se sentó al piano y me tocó los principales temas que había anotado. Admiré las líneas de canto que su mano había escrito rápidamente con lápiz y que su voz trataba de reproducir. Retomamos todo el cuento con la intención de volver más imprevisible la sucesión de silencios, para reforzar los contrastes y el efecto de abandono que estos provocan, queriendo destacar finalmente las cadencias en las partes en que la voz femenina quedaba hablando sola en el escenario. Modificamos el texto. De regreso a mi máquina de escribir, tecleé el texto reducido al que habíamos llegado. Se lo envié a Michèle Reverdy el 15 de octubre.

El texto condensado es el impreso en la partitura. Lo que publico aquí es el texto completo, desarrollado.

* * *

A quien las transcribe, a la música que las canta, a la actriz que las articula, al lector que las sigue sin verlas y queda absorto en su significado, las palabras les parecen menos ininteligibles que a quien las escribe. Para escribirlas, las busca. Como el cuchillo suspendido ante un bloque de helado que se le escapa, el que escribe es un hombre de mirada

EL NOMBRE EN LA PUNTA DE LA LENGUA

¿Dónde está el infierno? ¿Dónde está la orilla oscura en el fondo de uno mismo donde todo lo que tiene aliento expira? ¿Dónde reside entonces el infierno si está contenido en una manzana que una joven acaba de recoger y que ella ofrece? ¿Dónde está el lugar en que todo se condena? En la provincia de Normandía, el pasto crece permanentemente, el invierno es glacial, los caminos son hondos, llueve sin parar, el árbol es rey, los manzanos abundan.

El océano es amo y señor, el viento es su amo. También los amos del océano eran los amos de esta tierra. Los amos del viento son los marinos. En Normandía, incluso el que labra su campo es un marino. Aun el que prensa la sidra es un marino. Incluso la península del Cotentin es un bote marino que se lanza al mar. Es un drakkar encallado en la ribera blanca del océano.

El rey Luis el Tartamudo murió en el año 879, en el mes de abril. Después, vino Carlomagno. En esa época transcurre esta historia, la época en que nadie más en los campos y en los puertos sabía leer ni escribir. Se acercaba el año mil. Entonces, en el ducado de Normandía, estaban los que esperaban el fin de los tiempos y los que no lo esperaban. Por un lado los cristianos, por el otro los daneses. Pero se mezclaban. No llegaban a distinguirse porque el fin de los tiempos es cada minuto de cada día. Esto era antes de Guillermo.

Había un antiguo burgo que se llamaba Dives. Había un joven sastre que se llamaba Björn. Lo pronunciaban Jeûne¹ y se contaba que eso quería decir oso en la vieja lengua. Era bello. Usaba un pantalón ancho tejido, su camisa con mangas era ajustada en la cintura por medio de un ancho cinturón ornamentado. Confeccionaba las ropas de las mujeres y todas las mujeres que iban a vestirse con él lo consideraban apuesto y a todas les hubiera gustado tenerlo como esposo. También tejía grandes tapices cuando le hacían esos encargos. Por último, anudaba las redes con las cuales se pescaban los peces.

Era astuto. Tenía respuesta para todo. Cosía tan bien que no era pobre. Vivía en una casa que daba a la orilla del río.

1. Mantenemos la escritura del nombre o apodo, cuya sonoridad se asemejaría al nombre nórdico, aunque en francés es también una palabra que significa “ayuno” [N.T.].

En su casa, en su viga, siempre había dos espadas colgadas. Colbrune lo amaba.

Colbrune vivía en la casa de enfrente. Bordaba para ganarse la vida. Amaba locamente a Jeûne. Mañana, tarde y noche, lo miraba por su ventana. Ya no podía dormir.

Una noche, mientras se revolvía en su cama sin poder conciliar el sueño, se dijo:

“Ya no tengo descanso. Pienso en él y mi vientre me que-
ma. Mis lágrimas se amontonan alrededor de mis párpados.
Me vuelvo flaca como una espina. Sin tregua soy acosada
por su nombre.”

A la mañana siguiente, se vistió, anudó por delante su delantal cubierto de bordados rojos y amarillos, cruzó la calle. Golpeó la madera de su ventana. Él levantó la vista con aspecto huraño porque ella lo interrumpía en su trabajo. Ella le dijo que lo amaba y que sería feliz de convertirse en su esposa. Y agregó:

“Me gusta todo de ti. Amo incluso el sonido de tu voz. ¿Qué es para ti el sonido de tu voz? Nada. Para mí es lo que me reanima.”

Jeûne dejó su hilado. Lo miró. Le dijo que tenía que pensarlo. Le dijo que su pedido lo honraba. Le dijo que siempre la había mirado con gusto viéndola bordar en su ventana. Le dijo que le concediera el crepúsculo, la noche y el amanecer para que lo pensara.

A la mañana siguiente, antes de que llegara el mediodía,

Jeûne golpeó la puerta de Colbrune. Se había vestido con esmero. Llevaba su camisa de mangas largas, su pantalón ceñido, su cinto ornamentado. Ella lo hizo entrar. Estaba toda colorada de excitación. Él observó los bordados que ella estaba haciendo.

Después se dio vuelta hacia ella y tomó sus dos manos con sus manos. Dijo que pensaba convertirse en su esposo pero que ponía una condición para su casamiento. Dijo:

“Dicen de ti, Colbrune, que eres la más hábil bordadora del pueblo de Dives. ¿Serías capaz de bordar un cinto más hermoso que este? Personalmente, yo no lo logré.”

Al decir estas palabras, Jeûne desató el cinto ornamentado que le ceñía el talle y se lo entregó a Colbrune en sus manos.

Colbrune tocó el cinto sonrojándose porque todavía estaba tibio por el cuerpo de Jeûne el sastre. Ella respondió:

“Lo voy a intentar, Jeûne, porque tengo el deseo de convertirme en tu mujer. Espero que logre satisfacerte.”

Colbrune trabajó durante días. Veló noches enteras esforzándose en reproducir los motivos que adornaban el cinto. Pero los diseños eran tan enmarañados, los hilos que los enlazaban tan finos, los colores tan variados que no lograba hacer algo igual de perfecto.

Al cansancio de las sucesivas vigiliás se agregó la amenaza de no lograrlo nunca. A la tristeza de ser una pésima obrera se agregó la angustia de ser rechazada por Jeûne porque ella iba a faltar a su promesa.

ÍNDICE

EN BUSCA DEL NOMBRE OLVIDADO
POR SILVIO MATTONI 7

PRÓLOGO
POR PASCAL QUIGNARD 19

EL NOMBRE EN LA
PUNTA DE LA LENGUA 25

BREVE TRATADO
SOBRE MEDUSA 51

¿Disfrutaste el libro que comenzaste a leer?

Podés adquirirlo en www.interzonaeditora.com y en cientos de librerías.

Gracias por apoyar con tu lectura y recomendaciones este proyecto editorial.

interZona es una editorial literaria independiente fundada en Buenos Aires en 2002 que se ha convertido en uno de los espacios de publicación más innovadores y reconocidos de Latinoamérica por la diversidad de autores y de títulos que publica.

En **interZona** verán reunidos a escritores noveles con otros ya consagrados; a los de habla hispana con los de otras lenguas; a los poetas con los ensayistas, los dramaturgos y los novelistas; en suma, a todos aquellos que hacen posible una conversación de voces múltiples, desprejuiciada, vivaz, arriesgada, pero siempre orientada por el estilo y la marca de calidad con la que intentamos perfilar nuestra línea editorial.

INTERZONA